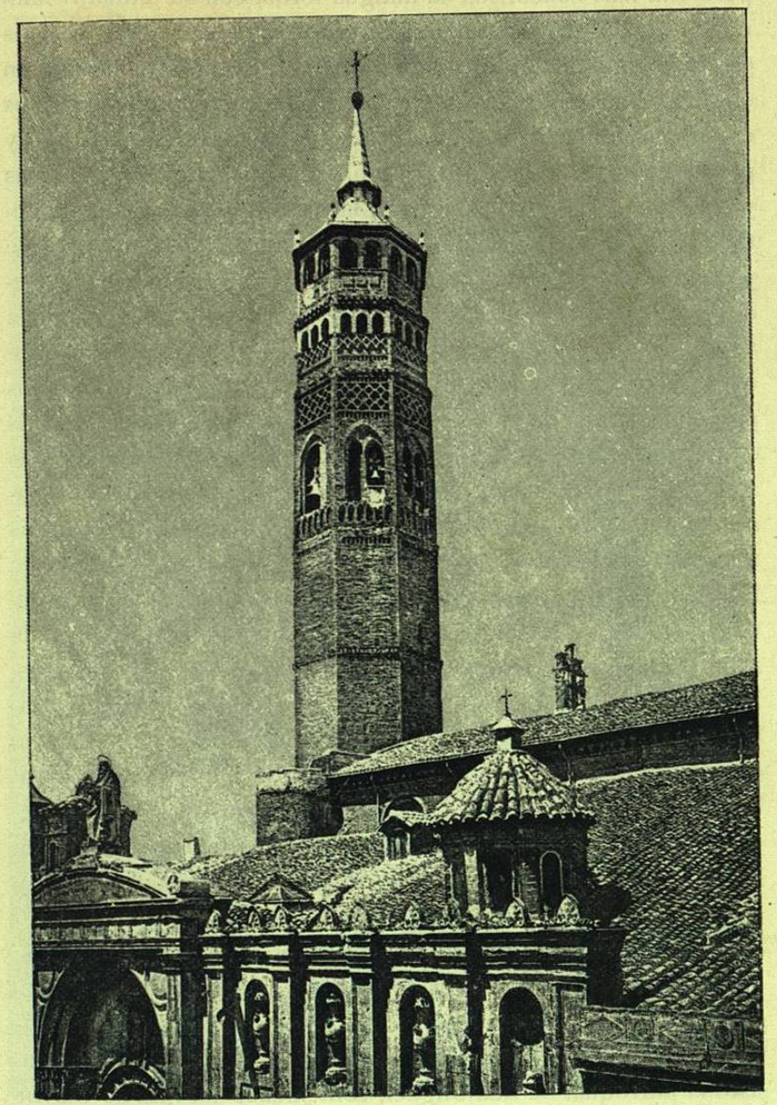
misteriosamente inmolado á la real cólera en uno de sus subterráneos (1).

Poco de interesante para las artes, aunque lindos y adornados algunos de ellos, contienen los templos de religiosas, especialmente desde que perecieron en los asedios muchos de sus cuadros y esculturas. Los hay cuyos principios remontan al siglo XIII: en 1234 D.ª Ermesenda de las Cellas, tía de la célebre Teresa Gil de Vidaura esposa de Jaime el conquistador, edificó el de Santa Catalina para monjas Clarisas; en 1276 convirtió en claustro de comendadoras del Sepulcro el castillo llamado de D. Teobaldo, la hija del rey de Navarra segundo de este nombre y viuda de D. Pedro Fernández hijo natural del mismo Conquistador, D.ª Marquesa de Rada, recogiéndose allí con otras ilustres damas; en 1295 fundó el convento de Dominicas de Santa Inés la piadosa reina Blanca de Nápoles esposa de Jaime II. De estos tres edificios sólo el de Santa Catalina se mantiene digno en parte de su historia, conservando su espaciosa nave gótica contra los estragos del tiempo y de la guerra.

Al paso que los conventos se desparraman por los ensanchados barrios que un día fueron arrabales, apíñanse las parroquias dentro del sombrío casco de la primitiva Zaragoza, y sólo campean del otro lado del Coso las de San Pablo y de San Miguel. En medio de su vasta y bulliciosa feligresía levanta sin rival San Pablo su octógona torre, adornada con ojivas y ceñida de resaltados arabescos, rematando en aguda veleta sobre dos más recientes galerías: de las dos puertas laterales del templo

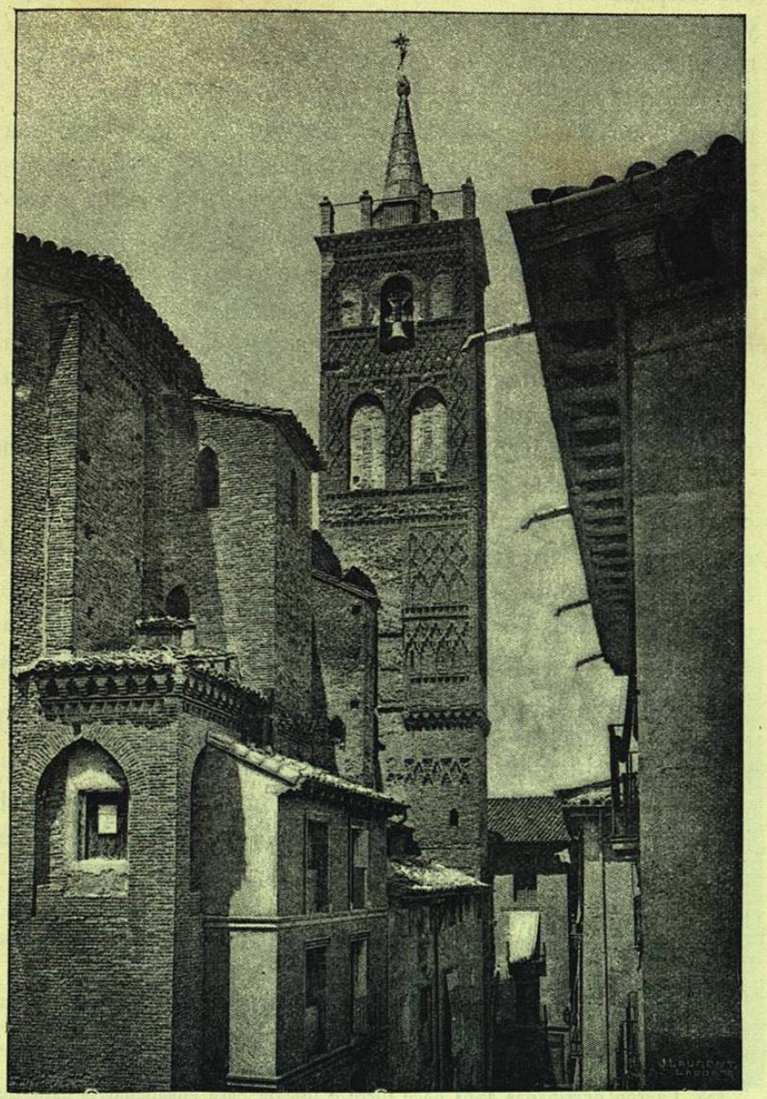
(1) «De la muerte de este arzobispo escriben que temiendo el rey D. Alonso que tenía tratos en deservicio suyo con algunos de Zaragoza que andaban conmoviendo la gente popular, el rey lo hizo prender viernes á 4 de febrero de 1429, y á 7 del mismo se afirma fué ahogado en el Ebro, aunque no se notificó su muerte al cabildo hasta 7 de noviembre del mismo año: otros escriben otras causas, que fué llevado al monasterio del Cármen donde el rey posaba, y que de allí nunca mas salió, ni se supo dél si lo empozaron ó enterraron; en fin vivo ni muerto nunca mas pareció. En nuestros dias descubriendo unas bóvedas de unas claustras en el Cármen, se halló un cuerpo de un hombre desnudo muerto; algunos infirieron seria el de este arzobispo, y podria esto ser.» (ESPÉS, historia manuscrita, p. 617).



TORRE DE SAN PABLO

perdió la más concurrida su antigua forma con su última restauración; la otra conserva aún sus góticas molduras y sus severas estatuas bajo cincelados guardapolvos. En vano buscaríamos en el interior magnificencia ni apenas regularidad, pero hallaremos en su desnuda arquitectura el carácter monumental, misterio y poesía en su opaco recinto. Alumbrada por rasgadas ventanas y colgada de antiguas tapicerías, la nave principal descuella notablemente sobre las dos laterales, que reuniéndose en el ábside y en el trascoro la encierran por todas partes á modo de corredor; y la nave izquierda, que por su mayor estrechez, por la aguda ojiva de su bóveda y hasta por su ligera tortuosidad parece prolongarse indefinidamente, guarda entre sus sombras los puristas cuadros de cinco retablos góticos que añaden los más el mérito del arte al de la antigüedad. El retablo mayor más ambicioso, y envanecido con sus labores de crestería sobre madera dorada, con su profusión de imágenes y doseletes y con sus trabajadas pulseras, se gloría de haber salido de las manos de Forment; pero la degeneración ya manifiesta de sus góticos detalles, el gusto y la ejecución de la obra menos digna del grande artífice aunque no de alguno de sus discípulos más aventajados, le rehusan el honor que se atribuye de hermano del gran retablo del Pilar. En su basamento lleva seis relieves de la Pasión, cuatro en el cuerpo principal á los lados de la efigie de San Pablo representando acciones del Santo, y otros cuatro en el segundo cuerpo, terminando con la imagen del Crucificado: así en su disposición, lo mismo que en sus adornos, alejándose más y más de la sencillez y unidad primitiva, tiende á la multiplicidad de comparticiones dominante luégo en los retablos plateresco.

En el barrio que habitaron los judíos, y en el sitio donde según tradición se apareció el victorioso Arcángel á los combatientes navarros en la gloriosa jornada de la reconquista, subsiste la parroquia de San Miguel, conteniendo un retablo mayor de cinco cuerpos también recomendable, y ostentando hacia fuera algunas ventanas con góticos calados. Un lábaro calcado so-



TORRE DE SAN GIL

bre los primitivos indica cuán remota fecha encubren San Felipe y Santiago bajo su barroca fábrica, y Santa Cruz bajo su linda restauración greco-romana, que hace sin embargo echar de menos la forma que le dieron en 1499 los señores de Osera al ampliarla á su costa. Restos bizantinos rodean la pequeña iglesia de Santiago, que ya en 1121 cedió Alfonso el Batallador al monasterio de San Pedro de Siresa donde había visto la luz primera: en su antiguo ábside se abre al presente la puerta; y su rústica torre, y el capitel bizantino engastado en la esquina de la calle sobre truncada columna, y los arcos aún diseñados en el muro, trasladan la fantasía á aquellos siglos en que á la sombra del pórtico de Santiago se administraba justicia y se congregaba el consejo de Zaragoza (1). De antiquísima al par que pobre estructura, algo renovada en su exterior, es la parroquia de San Andrés; la de San Pedro, avanzando en mitad de una calle principal con su alto campanario, la comunica un no sé qué de dramático y pintoresco (2). Elévase en frente la cuadrada torre de San Gil casi árabe en sus labores de ladrillo, única antigualla de esta parroquia, que un tiempo perteneció como Santa Engracia al obispo de Huesca en recompensa de los servicios prestados por sus armas en la toma de la capital. Por los dibujos de ladrillo que bordan su exterior, por la altura de su torre y por la espaciosidad del templo distínguese entre todas la Magdalena, cuyos piés retienen la forma de ábside, alumbrándose por aquel lado con góticas ventanas. San Nicolás pegado á la iglesia de monjas del Sepulcro, moderno é insignificante, no recuerda haber sido erigido ya en 1133 por Lope Arcés Pelegrín y su mujer D.ª Mayor: San Lorenzo (3) y San Juan *el viejo* unido á San

(1) Consérvase esta noticia por tradición comprobada con las palabras de un instrumento de 1151: *ante ostium Sancti Jacobi venerunt ad pacis concordiam.* Según otro documento de 1260, los Jurados y Consejo general se reunían en la misma iglesia.

(2) Fueron derribadas años hace torre é iglesia para ensanchar la calle de *Jaime I.*

(3) También ha sido derruída su antigua iglesia, instalándose la parroquia en la del colegio de Mercenarios de San Pedro Nolasco.

IGLESIA DE LA MAGDALENA

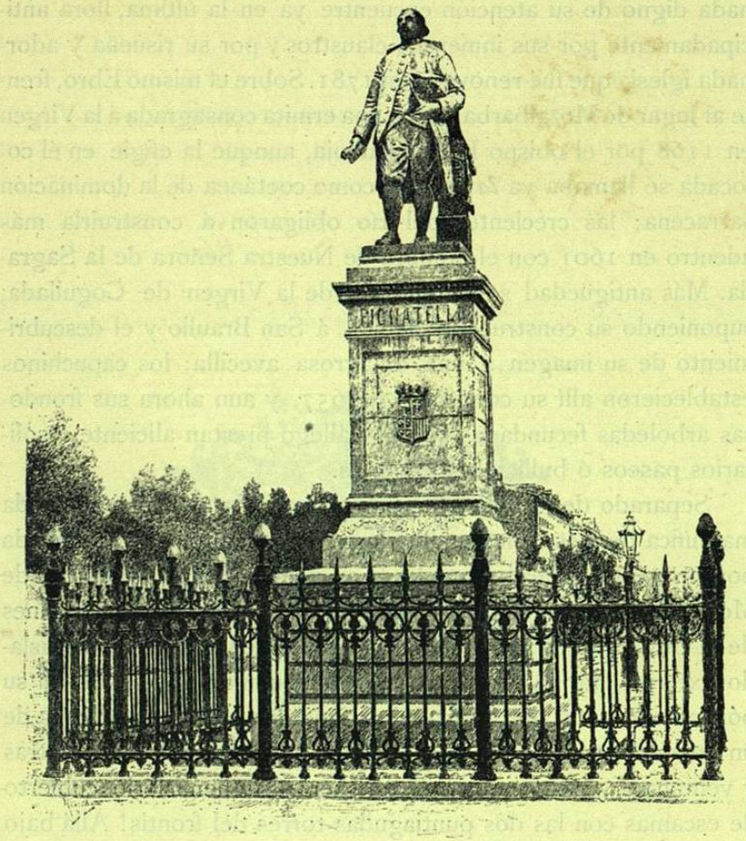
Pedro completan el número de las parroquias de Zaragoza, indiferentes casi todas para el arte, casi ninguna para los recuerdos.

También dos órdenes militares, la de San Juan y la del Temple, tuvieron en la capital sus respectivas iglesias, de las cuales la una conserva su religioso destino perdida su primitiva forma, la otra conservando su forma respetable se ve degradada de su rango. Abyecto almacén es hoy el sombrío Temple, fábrica de ladrillo octógona por fuera y circular por dentro, de forma ciertamente bien extraña para los primeros años del siglo XIII en que la construyeron los poderosos Templarios con cementerio adjunto. De más fecha presume la renovada iglesia de San Juan *de los Panetes*, capilla probablemente del antiguo palacio de la Azuda; aunque para remontar su origen á los tiempos de Constantino, conforme se lee en el friso, no creemos haya más pretexto que el error grosero de los que miran el signo del *lábaro* usado en los templos del siglo XI y XII como una contraseña de las fundaciones del emperador.

Y cual si un tiempo viniera estrecho para los edificios religiosos el recinto de la piadosa ciudad del Pilar, ciñen por afuera sus tapias una porción de conventos ni más recordables, ni más venturosos en su actual estado que los del interior, y á lo largo de los ríos que cruzan su dilatadísima llanura se asientan todavía vastos monasterios ó devotas ermitas. Sobre la orilla izquierda del Huerva á dos leguas de Zaragoza descuella Santa Fe, mansión de Cistercienses fundada por Miguel Pérez Zapata en 1341, donde el monje Gauberto Fabricio de Vagad á fines del siglo XV ejercía su divagante si bien á veces elocuente pluma en la crónica de los reyes de Aragón, soltando la rienda á más altivos sentimientos de lo que su estado y época prometían (1). Víctima de la indiferencia ó de la especulación perecerá este edificio á nuestras manos, después de sobrevivir al estrago de los franceses que

(1) Véanse fragmentos de su crónica en las notas de las páginas LIX, LXV y LXXXVIII del presente tomo.

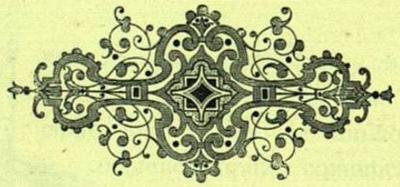
inmolaron atrozmente á sus indefensos moradores en 1808: de la nave gótica del convento trinitario de San Lamberto, á media



ZARAGOZA.—ESTATUA DE PIGNATELLI

legua de la ciudad, nada ya que destruir nos dejaron. Así perecerán las dos suntuosas Cartujas de Aula Dei y de la Concepción, aquella á las márgenes del Gállego edificada en 1567 por

el arzobispo D. Fernando de Aragón cuyo corazón poseía, ésta no lejos del Ebro y de los muros construída en 1634 á expensas de D.ª Jerónima de Zaporta, apellido que ya hemos visto enlazado á magníficas obras; y el artista más severo, por más que nada digno de su atención encuentre ya en la última, llora anticipadamente por sus inmensos claustros y por su risueña y adornada iglesia que fué renovada en 1781. Sobre el mismo Ebro, frente al lugar de Mozalbarba, había una ermita consagrada á la Virgen en 1168 por el obispo Pedro Tarroja, aunque la efigie en él colocada se llamaba ya *la antigua* como coetánea de la dominación sarracena; las crecientes del río obligaron á construirla más adentro en 1601 con el nombre de Nuestra Señora de la Sagrada. Más antigüedad se arrogaba la de la Virgen de Cogullada, suponiendo su construcción debida á San Braulio y el descubrimiento de su imagen á una milagrosa avecilla; los capuchinos establecieron allí su convento en 1657, y aun ahora sus frondosas arboledas fecundadas por el Gállego prestan aliciente á solitarios paseos ó bulliciosas romerías.

Separado de la puerta de Santa Engracia por una alameda magnífica de tres calles y situado sobre un alto, se recomienda por su propia belleza y por la de su perspectiva el santuario de Monte Torrero: su historia y su estilo no suben más allá de fines de la otra centuria; pero es tan elegantemente sencillo su aislado exterior, tan airosas las cuatro columnas que sostienen su pórtico coronado por un frontón triangular, se eleva por cima de un balaústre tan esbelta la redonda cúpula adornada de pilastras y ventanaje, y se armoniza de tal suerte su hemisferio cubierto de escamas con las dos puntiagudas torres del frontis! Allá bajo Zaragoza con sus rojizos minaretes, rivales de los pináculos de verdor por entre los cuales asoman; en el intermedio blancas quintas, largas avenidas de álamos, plateadas revueltas de los ríos; en frente un pequeño caserío, un pintoresco puente, un majestuoso canal deslizándose imperceptiblemente bajo las copas de los árboles, que nacido en Navarra debía mezclar sus

aguas con las del Mediterráneo. De un lado la gran ciudad tradicional, la historia de cien generaciones; del otro el canal imperial, la creación recién brotada del suelo, el esfuerzo del genio de un hombre, del inmortal Pignatelli.